

esos insípidos productos de su propia imaginación como los verdaderos representantes de la humanidad feliz, como los hombres primitivos puros, los hombres de naturaleza, é imitarlos con tanta fidelidad.

Pero fué en Francia donde obtuvo su mayor triunfo la poesía pastoril desde el reinado de Luís XIV.

Cuando el vicio unido á la falta de carácter hace á los hombres insoportables para sí mismos, se comprende que empiecen á buscar hombres y la verdadera naturaleza. Es psicológicamente cierto que sólo desde la época de la Pompadour se tiene la palabra naturaleza constantemente en los labios, y que nunca se habló tanto de humanidad como cuando la Revolución celebraba sus primeros triunfos; cuando se gozó de la naturaleza no se habló de ella; sólo cuando completamente se la perdió, comenzó el pueblo á desearla. Los hombres no parecieron ya dignos de su nombre. Se creyó no encontrar entre los instruídos, hombres con quienes se hubiera podido todavía vivir. Aquellos tiempos no quisieron aprender lo que es un hombre en el Cristianismo, que promete convertirnos en hombres sólo con la condición de vencernos á nosotros mismos, y por medio de un superior auxilio; de modo que no les quedó otra alternativa que descender hasta los hombres de naturaleza concebidos á su manera. El horror por la ausencia de lo natural en una sociedad falseada hasta las últimas consecuencias por una parte, y por otra la repulsión hacia el estado primitivo sobrenatural que enseña el Cristianismo llevaron á inventar un estado de naturaleza fantástico.

¡Pero qué estado de naturaleza! No era el estado de naturaleza grosero, antropófago, que los antiguos cínicos y los profesores modernos han creado; sino que como cada época gusta de representar el ideal humano según sus propias aspiraciones, es un estado de naturaleza conforme al gusto que se aprendía en los salones de la Tencin, de la Geoffrin, de la Deffaud, donde se encontraba acostados bajo encinas á guardadores de puercos con los que Mada-

ma de Chatelet se complacía en hacer monerías. Á juzgar por las apariencias, los guardadores de puercos gozaban entre los poetas de tanto favor como las damas; aun se puede decir que les prestaron mayor veneración. No queremos con esto provocar la indignación de los campeones del honor de las damas, sino tan sólo advertir á estas que no concedan á las alabanzas de los poetas más favor del que merecen. La galantería no puede ni siquiera en un Ulrico de Lichtenstein ir más allá de la deificación del bello sexo; pero es á la letra el homenaje que puso en labios del viejo Homero su entusiasmo por Eumeo, el fiel porquero de Ulises, ese paciente tan probado. ⁽¹⁾ ¿Qué son pues aquellos hombres de naturaleza francesa en forma de porqueros? ¿Quién carecería de sentimiento estético hasta el punto de no entusiasmarse con ellos? ¡Cuánto han cambiado en ventaja suya desde la época de Teócrito! En el fondo de su corazón se ocultan tantos apetitos como entonces, acaso algunos más; pero los primeros eran torpes, groseros; en tanto que estos aprendieron en Richelieu y sus sucesores, y más todavía en la escuela de galantería de la corte, donde la seducción fué durante siglos seriamente cultivada.

Ya en Ronsard, los pastores no son más que viles cortesanos que por un momento encuentran demasiado denso el aire de la corte; desde Honorato de Urfé, Bacón, Lingendes hasta Florián, tenemos pastores que se esconden en los zarzales únicamente porque la hipocresía de las conveniencias, que reina aun en la sociedad elegante, les impide decir en alta voz lo que piensan; por el contrario, las capas sociales que se creían finas tenían entonces la ventaja de poder, no sólo tener su vida de placeres en invierno en la capital, sino poder continuarla de un modo más agradable en el campo durante el estío, porque un duque puede tener relaciones con aquellos pastores y dependientes sin comprometer su dignidad. Piensan como los filósofos, hablan como Voltaire y viven como la Pompadour.

(1) Homero, *Od.*, XVI, 1, 452.

¿Qué decir ahora del exterior de esos pastores? En Teocrito, Eunika misma se sorprende de ver al boyero languidecer de amor; pero ¿qué inocencia resistiría al pulido exterior de aquellos pastores petimetres que llevaban gorguera de blancura deslumbradora y traje bordado de oro? ¿Qué sencillez no se vería tentada de aspirar á un estado natural en que las guardadoras de vacas son mucho más bellas y están mejor engalanadas que las marquesas de hoy día? Allí, los pilluelos de la calle no comen más que vainilla y ananas; el mayor dolor que aquellos hombres de naturaleza sufren es la dentición de los niños; el único pecado que allí hay es que una joven tome demasiada azúcar y se estropee los dientes. No tienen más conciencia que las garduñas; son disimulados como zorras y envuelven toda inocencia en repliegues como las serpientes. He ahí lo que constituía el estado natural.

¿Quién pensaría allí en el pecado! Son hombres de naturaleza, se nos dice, que no pueden cometer pecados como no pueden faltar á las maneras y conveniencias sociales; solo la corrupción es decente, dice nuestro Schiller. (1) Únicamente la depravación introducida por la civilización, y con esta palabra sólo se alude naturalmente á la ley cristiana, hace pecados de actos naturales, y por consiguiente, desprovistos de malicia: cuando éramos hijos de la naturaleza, añade Schiller, éramos felices y perfectos, éramos libres, es decir libres de seguir nuestros instintos sensuales, y hemos perdido ya tanto la felicidad primitiva como la verdadera naturaleza. (2)

Esta confesión de Schiller tiene gran valor para nosotros; sabemos por lo menos de un modo exacto, en qué consiste ese llamado estado de naturaleza tan alabado, y por qué se nos envía siempre á la Arcadia. Hay que habituarse á creer que la naturaleza humana no conoce na-

(1) Schiller, *Naive und sentimentale Dichtung* (Stuttgart, 1836), XII, 214.

(2) Schiller, *Naive und sentimentale Dichtung*, XII, 214. *Etwas über die erste Menschengesellschaft*, X, 444 y sig.

da malo, y puede, sin temor á pecar, satisfacer todas sus pasiones; hay que aborrecer el Cristianismo porque perjudica á nuestra naturaleza y convierte en pecados las cosas más naturales. Y la poesía arcadia alcanzó perfectamente ese fin.

En presencia de esos hombres de naturaleza, podemos hasta cierto punto llamar hijos de naturaleza no corrompidos á las celestiales hijas de pastores, á los papás septuagenarios de los felices tiempos de la peluca, lo mismo que á las Vrenelis, las Boerbelis y las hadas doradas de los cuentos campesinos de Auerbach y de Rosegger; sólo que aquí se trata de una ficción de la pretendida naturaleza, que se aparta tanto de la verdad como el cielo de la tierra. Lo prueba ya bastante el ambiente en que viven los hombres modernos de naturaleza; ¡sí, es un bello estado de naturaleza ese en que el aire está lleno de humo de café, de pasteles y de tabaco! ¡Sí, es un bello estado de naturaleza ese en que os sofoca el olor á musgo que esparcen palafreneros de salón de sensibles nervios é hijas de colonos literatos! ¿Qué decir entonces de la formación y de la virtud de su corazón!

Nadie podría tolerar semejante atentado á la naturaleza, si no sirviese para un fin determinado; es indispensable que la llamada naturaleza pura presente una perfección y una felicidad humanas que el Cristianismo está lejos de presentir, y á causa de las que es introducido siempre en escena en la persona de sus representantes más antipáticos.

Pero todo eso es pura invención, y no es necesario entregarse á largas investigaciones acerca de la suma de inocencia que se encuentra entre esos hijos de la naturaleza; y es muy cierto, la naturaleza, tal como es en verdad, resulta poco más ó menos tan culpable de las falsas cualidades por las que eclipsan á todos los ángeles los hombres de la naturaleza, como es culpable el Cristianismo de los defectos que como sombras chinescas oponen á aquellas cualidades. Es también cierto

que el hombre encuentra á la naturaleza incapaz de satisfacerle en realidad, lo que le hace pasar por sobre ella para llegar á un estado en que las satisfacciones sean más numerosas, aunque deba fingirlas.

8. Los Robinsones.—Fácil es ver ahora lo que tienen de común todos los esfuerzos que hemos examinado: tienden á vilipendiar, por un estado natural puramente humano, en que reina la más perfecta felicidad, la creencia del mundo en un estado primitivo sobrenatural, en otro tiempo feliz y perfecto, y la afirmación del Cristianismo de que la humanidad caída de ese estado, sólo dirigida por él puede elevarse á un estado semejante.

Pero aquellas tentativas tenían todas su lado defectuoso; al primer golpe de vista se percibía que eran invenciones, y resultaba fácil la tarea de los defensores de la Revelación. Nada más fácil que probar que tales hombres no eran posibles ni lo serán nunca; el mundo mismo, en sus momentos de seriedad, debió reirse más de una vez de aquellos hombres buenos de fabricación suya que ofrecía como productos naturales; pero ¿qué habría sucedido si en su lugar hubiese presentado un hombre de naturaleza vivo, que aun cuando fuese un poco engalanado, constase como nosotros de carne y hueso? Suponiendo que se pudiera hacer, el éxito sería extraordinario. Foë intentó la empresa; era temeraria, pero los resultados sobrepusieron á las mayores esperanzas.

Pocos libros suscitaron tanto júbilo como el *Robinson Crussoé*. ¡Quién podrá decir las veces que se imprimió esa obra! ¡Cuántos lectores la han devorado! ¡Á cuántas lenguas fué traducida! Hettner trató de todo esto en un libro muy interesante titulado *Robinson y las Robinsonadas*. Aun en los desiertos de Arabia escucha el beduino con atento oído como ese hombre maravilloso, la perla del Océano, llegó á ser por sí mismo tan perfecto, tan feliz, que nadie se le parece. Pero ¿qué digo nadie? Súbitamente fueron descubiertos muchos hombres de naturaleza; los más piadosos, los más virtuosos, los más felices, apare-

cieron en tanto número como los caracoles después de la lluvia. Cada comarca, cada pueblo tuvo su Robinson. Tres años después del descubrimiento del primer y verdadero Robinson, Alemania tenía ya su Robinson alemán, Bernardo Creutz; después aparecieron uno en pos de otro el Robinson italiano, el Robinson francés, el Robinson irlandés, el Robinson suizo, el Robinson ruso, el Robinson persa, el Robinson austríaco.

Cuando los grandes países no les bastaron, los hombres de naturaleza emigraron á las provincias, y se vieron entonces Robinsones de Sajonia, del Palatinado, de Silesia, de Suabia, de Frisia, de Franconia, de Westphalia.

Como era justo, no quisieron quedar rezagadas las ciudades, y se puso la de Leipzig á su cabeza con un Robinson completamente primitivo.

Entonces se destruyó la preocupación de que los mejores hombres de naturaleza se encuentran exclusivamente entre los compañeros de Eumeo. Si un marino, el hombre en que, sin embargo, hay costumbre de buscar el ideal de la perfección, supo producir un semejante, ¿por qué las demás profesiones nó lo harían también? Así se encontró muy pronto un Robinson librero, un Robinson eclesiástico, un Robinson moralista y un Robinson médico. En aquella época de la mayor tolerancia no se habría permitido excluir un Robinson judío.

Bien se comprenderá que no podía faltar el sexo femenino para compensarle algo de las injusticias que ha tenido que sufrir tan frecuentemente á causa de Eva. La Robinsona europea fué la primera en intentar la aventura, y recibió entusiasta veneración de jóvenes y viejos; aquel éxito animó á la Robinsona de Bohemia á salir de la oscuridad en que había estado hasta entonces; después vino pronto la señorita Robinson, que fué seguida por la señora Robinson, y por su hija la pequeña Robinson.

Tendríamos para mucho tiempo si quisiéramos contar todos los absurdos á que fueron conducidos los espíritus por esa fiebre de encontrar hombres de naturaleza; todos

buscaban la ocasión favorable para dar un golpe más al Cristianismo. No queremos decir con eso que todas las Robinsonadas estuviesen penetradas de un espíritu hostil al Cristianismo; ni pretendemos tampoco negar el bien que muchas de ellas contienen, especialmente consideradas desde el punto de vista pedagógico; pero nadie desconocerá que la causa originaria de la literatura robinsoniana es en definitiva la misma que había producido la pastoril.

Cuanto más duraron aquellas investigaciones, cuantos más Robinsones y Robinsonas se encontró, se vió más claramente que el verdadero hombre de naturaleza no había sido aun descubierto. Con el *Robinson invisible* se confesó tácitamente, al cabo de algún tiempo, que ni siquiera esta ruta, que dió al principio tan bellas esperanzas, podía conducir al fin tan deseado. Con él se llegó exactamente al mismo punto que el filósofo árabe Ibu Tofeil hace seis siglos, es decir, á un hombre quimérico, puramente imaginario. Cosa característica; precisamente en la época en que declinaba la Robinsonería, fué traducida al alemán la obra de aquel árabe, y cambiado el título que le había puesto el autor por otro más conforme á la época: *El hombre de naturaleza*.

9. Los salvajes como pueblos de naturaleza.—El embarazo fué grande entonces, porque con un hombre ideal hecho de aire y de niebla era difícil hacer que desapareciesen realidades tan tenaces como la fe en el estado paradisíaco primitivo y la caída, el hecho de la depravación de los hombres, y el Cristianismo entero; eran necesarios hombres verdaderos, hombres vivos; la educación artificial de nada servía. Pero si no se quería aceptar al hombre tal como es, tal como la fe cristiana y la triste experiencia lo muestran, es decir, el hombre caído y corrompido, era necesario declararle como ideal de la humanidad con y no obstante el mal que le es inherente.

De hecho, no quedaba más que esta alternativa; ó bien admitir que el hombre podría y debería ser mejor de lo

que es, en otros términos, que ha decaído de su ideal, ó ir á buscar al hombre en su realidad más grosera y mostrarle también como el representante de la idea de humanidad. La elección era dura, es verdad, pero no se podía hacer otra cosa. Los hombres, pues, escogieron; para no verse obligados á admitir lo sobrenatural, aceptaron lo que no es natural; para evitar la confesión de que la humanidad y la civilización habían degenerado, describieron el pasado más remoto con tan horribles caracteres, que se tiembla sólo con pensarlo.

Se elevaron, pues, los desperdicios de la humanidad á la dignidad de hombres de naturaleza primitivos; se vituperó la expresión *salvajes*, y por lo tanto, la opinión de que la humanidad estaba ó había estado en decadencia. No era de salvajes de lo que había que hablar, sino de pueblos de naturaleza, ó á lo más, de bárbaros que hubiesen conservado la naturaleza humana en su forma primitiva; pues pasando sucesivamente por los tres grados de la vida, animal, salvaje y bárbara, se elevó el hombre á la civilización actual.

Consecuencia de esto es, por una parte, la afirmación de que hay todavía hoy hombres de naturaleza, pueblos de naturaleza, y un estado de naturaleza, es decir, restos de la sociedad humana primitiva; y por otra, el dogma de un progreso continuo, sin fin, de los hombres y de los pueblos civilizados; por estos principios debe jurar quien aspire al título de sabio.

Rousseau fué el primero en consagrar todos sus esfuerzos á esa idea, y es curioso; fué el mismo hombre que después había de maldecir de la civilización hasta un punto tal, que ningún doctor cristiano lo hizo en el calor de la discusión. Lástima es que los salvajes estén tan apartados de nuestras modernas costumbres, pues podrían depositar un mensaje de gracias en la tumba de Rousseau ó en los escritorios de nuestros historiadores de la civilización ó de nuestros etnógrafos.

Por otra parte, no hay opiniones más contradictorias

que las concernientes al llamado estado de naturaleza. Cuando hablamos de la falsa civilización que el mundo ha producido, se interpretan inmediatamente nuestras palabras como si pidiéramos que los hombres volviesen á alimentarse de bellotas y habitar en los agujeros de los tejones; se diría que éramos nosotros quienes consideramos el estado primitivo de la humanidad como de grosería animal; pero cuando declaramos que no queremos oír de ese llamado estado de naturaleza, y que lo consideramos más bien como no humano, como un estado de profunda decadencia que se produjo después, entonces se oye un diti-rambo entusiasta, acompañado de lamentaciones acerca de que la civilización por la cual se entiende naturalmente la civilización cristiana, haya destruído tan profundamente la sencilla y bella naturaleza.

10. Las peregrinaciones á los países habitados por verdaderos hombres de naturaleza.—Pero desde que Rousseau hubo inducido á sus compatriotas, y por ellos á todas las gentes instruídas, á creer con la fe del carbonero en la existencia de pueblos de naturaleza, se empezó á estudiar con celo de prosélito el estado natural en estos pueblos, porque se trataba siempre de refutar la enseñanza cristiana con hechos y con ejemplos vivos.

El entusiasmo de los franceses por los hombres de naturaleza se dirigió al principio hacia los insulares de la mar del Sur que el mundo conocía mejor por los descubrimientos modernos. Tal vez pudo haber un poco de egoísmo político, pues las matanzas que aquellos nuevos Atlánticos hicieron en navegantes ingleses tenderían á demostrar que no habían conservado sus costumbres de la edad de oro, y era una razón para atraerse el favor de los franceses celosos del poder marítimo de Inglaterra; pero sea de ello lo que quiera, el entusiasmo por el estado natural se hizo contagioso en Francia. Se glorificaba á aquellos hombres de naturaleza no corrompida, en efigie, en las óperas y hasta en los bailes de teatro; se consideraba como cosa insignificante la antropofagia y otras costumbres

por el estilo, ó bien se encontraba acaso que esas cualidades eran tan indispensables á la vida paradisíaca de esta época como lo había sido en otro tiempo, para encanto de la existencia, el alto gusto debido á las bebidas emponzoñadas de la Brinvilliers y de sus imitadoras.

Sin embargo, las cosas cambiaron muy pronto de aspecto; aquellos hombres de naturaleza se mostraron desgraciadamente incapaces de comprender el magnífico plan de los discípulos de Rousseau; entre los extranjeros que arribaron á sus playas ni siquiera supieron distinguir entre los franceses, sus admiradores, y los salvajes que osaban darles el nombre de salvajes. Una vez Lamanon, el compañero de La Pérouse, sostenía que aquellos falsamente llamados salvajes valían mucho más que los hombres civilizados; como francés, podía á lo menos creer que los favoritos de su pueblo no le dejarían por embustero; pero le sucedió exactamente lo mismo que á los ingleses, y lo que debía suceder más tarde á nuestro alemán Helfer. Este último escribía también una vez en su diario: «¡He ahí los salvajes tan temidos! Son tímidos hijos de la naturaleza, contentos cuando no se les hace daño». (1) Pero al día siguiente por la mañana era otra cosa; dos viajeros habían perecido á manos de aquellos inofensivos hijos de la naturaleza. Si á lo menos aquellos buenos insulares hubiesen muerto á representantes de otros países, esos crímenes habrían perjudicado menos su reputación, pero Lamanon pertenecía á la nación de Rousseau. Por fin cuando el mismo La Pérouse desapareció sin dejar huella en aquellas aguas paradisíacas, los franceses supieron ya á que atenerse respecto de aquellos salvajes; éstos habían desdeñado su entusiasmo, y fueron entonces solemnemente desposeídos del honor de pasar por hombres de naturaleza; hubo entonces el derecho, por lo menos en Francia, de llamarles nuevamente, sin peligro para su reputación, salvajes, caníbales, pueblos degradados.

Levaillant puso entonces el afecto francés, que los Pa-

(1) Peschel-Kirchhoff, *Voelkerkunde*, (6) 135.